

JORGE ACEVEDO
LA SOCIEDAD COMO PROYECTO. EN LA PERSPECTIVA DE ORTEGA
Editorial Universitaria, Colección El Saber y la Cultura.
Santiago, 1994. 253 páginas.

Este nuevo libro de Jorge Acevedo, profesor de Filosofía Contemporánea del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile, es el resultado de un prolongado y paciente estudio de la obra del pensador hispano que generara profundas huellas en la filosofía del siglo XX, especialmente entre los habitantes de lengua castellana. Testimonio de esa temprana preocupación intelectual de Acevedo es *Hombre y Mundo*, cuya primera edición aparece en 1983. Además, conviene señalar que se incorpora a la tradición orteguiana gracias a la influencia de quien fuera su maestro, el filósofo hispano-chileno Francisco Soler -a quién está dedicada la obra que comentamos-, el cual colaborara activamente en el Instituto de Humanidades que Ortega, junto a Julián Marías, fundó en 1948.

No obstante la bondad de estas razones, no son ellas avales *per se* de la calidad del libro. Su valor debe ser buscado en el rigor del análisis, en la selección de los textos y, sobre todo, en la identificación adecuada de la idea central de los abundantes escritos del filósofo español.

Como es sabido Ortega escribió sobre temas muy variados: la caza, los toros, la política, la filosofía griega, la fenomenología, el arte, la novela, la teoría de la relatividad, etc.; y lo hizo con una prosa bella, con un estilo poético, inusual en los filósofos que suelen preferir un lenguaje técnico. Esto sedujo a un *gran público* que lo leyó con fruición y que desde distintas disciplinas se dio a la tarea de comentarlo, como lo evidencia la extensa bibliografía sobre su obra. Pero gran parte de ella equivocó rotundamente y es, en gran medida, responsable de originar desorientación y profundas incomprensiones. No es infrecuente leer que no hay sistema alguno en su pensamiento; que no es filósofo, sino literato, aunque él mismo se encargara de señalar que sus escritos *parecen* literarios, pero *son* filosóficos.

Una de las primeras conclusiones que se saca al leer *La Sociedad como Proyecto* es que no hay tal diversidad, sino más bien "monotonía", según la expresión que Unamuno utilizara para referirse a su propia obra. En el Capítulo VII, Acevedo refiere: "Ante la obra de un filósofo debemos, pues, preguntar: ¿Cuál es su único pensamiento? Tratándose de Ortega, la respuesta a esa interrogante dice así: el único pensamiento de Ortega es el de la vida humana; la vida humana es eso Mismo de lo cual siempre dijo lo mismo" (p 114). Y reitera poco más adelante: "La exigencia de

unidad impera expresamente en el núcleo del pensar de Ortega. Es la *vida humana* aquello en torno a lo cual se hacen uno y lo mismo, cobran coherencia y pleno sentido los “razonamientos” del filósofo” (loc. cit). En el Capítulo I, comentando una cita, Acevedo señala que “La filosofía de Descartes nos remite a la Física. La de Aristóteles, a la Biología y, también, a la Cosmología y la Matemática. La de Platón a la Política entendida como Moral Pública. Y el pensamiento del propio Ortega, podríamos preguntarnos, ¿a dónde nos conduce? ¿De qué manera se da en su caso la cuasi ley que enuncia? Pienso que la respuesta sería ésta: buena parte del esfuerzo teórico orteguiano se encamina hacia la constitución de la historia como ciencia”. (p. 21).

De acuerdo a estos antecedentes surge inevitablemente la pregunta ¿hacia dónde tiende su filosofía: a la búsqueda de un sistema histórico o a desentrañar los rasgos de la vida humana? El texto aclara de manera suficiente que no hay contradicción entre uno y otro tema, son dos momentos de un mismo acontecer. La realidad primaria y fundamental es la vida, entendida como realidad radical, por cuanto en ella radican todas las otras. Pero cada una encuentra ante sí otras vidas con las cuales debe convivir y esa con-vivencia se establece, primeramente, con aquellos individuos de la misma edad; esto es, con los de su generación. Esta, a su vez, se inserta en un contexto más amplio: la vida social, que trasciende lo meramente interindividual y adquiere rango de poder anónimo. Sin embargo, la vida social es sólo una sección de un todo vital más amplio: la vida o realidad histórica.

Sin pretender seguir rigurosamente la huella que va de la vida individual a la histórica, hay en el libro de Acevedo gran cercanía a ella, hecho que salta a la vista sólo con revisar el nombre de sus capítulos. El Capítulo I se titula “El conocimiento histórico y la filosofía”, el V “Vivir como acontecer, categoría fundamental de la historia”, el IX “En torno a la idea de uso social”. En el Epílogo, el último capítulo, señala el autor:

“Si un historiador (o un sociólogo) se propusiera aclarar, en esta perspectiva, los estratos radicales de una nación, tendría que contestar -entre otras-, las siguientes preguntas:

a) *¿Cuál es el proyecto sugestivo desde el que la nación vive?; [...] c) ¿En qué medida es, efectivamente, común?; d) ¿De qué manera condicionan el programa de vida colectiva los factores étnicos, lingüísticos, territoriales, y tradicionales de la sociedad de que se trata? Previamente, empero, estaría obligado a enfrentar estas interrogantes: e) ¿En qué consiste la vida humana?; f) ¿Qué es vida humana en común, es decir, qué es una sociedad?; g) ¿Cuál es la estructura de un proyecto social?” (pp. 251-252).*

Vida individual y vida histórica son, entonces, dos conceptos correlativos, la existencia de uno *implica* necesariamente la existencia del otro. Si es posible hablar de “la sociedad como proyecto” -tema del capítulo XI y título del libro- es porque la vida misma es proyectiva.

Una de las virtudes más notorias es su coherencia interna, la que permite incluso leer sus capítulos de manera individual sin que resulten ininteligibles. En rigor, el mérito no es exclusivo de Acevedo, es el mismo sistema de la filosofía de Ortega que lo hace posible. Pero el mérito de un exégeta está en descubrir lo fundamental, ordenarlo y ponerlo a disposición de una amplia gama de lectores, ya sean especialistas o no de la filosofía. Asimismo, la variedad de textos comentados, sus diferentes ediciones, la terminología usada, el diálogo de esas ideas con las de otros pensadores contemporáneos -Heidegger, entre ellos- revelan el profundo conocimiento que posee el autor de la obra de Ortega. Todo ello sumado a un estilo claro (“la claridad es la cortesía del filósofo”) hacen que *La Sociedad como Proyecto* pase a formar parte de una descollante y selecta bibliografía sobre el pensador español, que cuenta entre otros estudiosos a Julián Marías, Antonio Rodríguez Huéscar, Paulino Garagorri y Francisco Soler.

Antes de concluir este breve comentario vale la pena preguntarse ¿qué sentido tiene hoy y en Hispanoamérica estudiar el pensamiento de Ortega, desaparecido hace ya casi 40 años?

Entre los temas especialmente estudiados por los filósofos finiseculares se encuentran la crisis de la razón, la disolución del sujeto, la búsqueda de un sentido para la existencia humana, la interpretación de la cotidianidad, etc., los que forman parte de lo que se ha denominado “postmodernidad”. No obstante la actualidad de estas reflexiones, *todas* ellas encuentran un fecundo antecedente en el pensamiento de Ortega. Refiriéndose a la controversia modernidad y postmodernidad, señala Acevedo que “para que ello ocurriera fue preciso que acontecieran fenómenos históricos radicales de la mayor importancia, que acabaron por poner en el escenario de la discusión cultural, como uno de sus protagonistas, ese debate. La presente moda tiene, pues, una trayectoria más o menos subterránea que, junto con asignarle la jerarquía que le corresponde dentro de los asuntos humanos, permite, al ir siendo descubierta, entenderla mejor” (p. 41). No hay duda -concluye Acevedo- de la participación de Ortega en esa trayectoria. Esto justifica hoy la relectura de las obras del filósofo hispano y, más aún, hace necesaria una exégesis actualizadas que ponga a la luz sus profundas intuiciones, las que a menudo son utilizada sin referir su fuente. La constatación que han adquirido vigencia relativamente tardía muchas ideas aparecidas ya en 1914, en las *Meditaciones del Quijote*, no hace más que dar razón una vez más al pensador madrileño, quien tuvo clara conciencia que las teorías filosóficas son de lenta asimilación. Solía decir que el pensar filosófico es un pensar “tardígrado” dado que con lentitud muele el molino de los dioses.

Para los hispanoamericanos hay, además, otra motivación hacia Ortega: todo lo que escribió tuvo como destinatario España y Sudamérica. Esta idea, especialmente destacada por Acevedo en *Hombre y Mundo*, es reiterada en *La Sociedad como Proyecto* al preguntar: “¿qué relación podemos establecer entre la teoría orteguiana de la sociedad como proyecto y nuestra propia realidad histórica? Responder

cabalmente esa interrogante sería muy largo y nos llevaría demasiado lejos, ya que -según pienso- el filosofar de Ortega presenta múltiples, variadas y estrechas vinculaciones con las colectividades hispanoamericanas; más aún, creo que sin recurrir a él las “naciones” en que existimos son ininteligibles” (p. 252).

Contagiada por el afán de comprensión y claridad que animara la reflexión de Ortega, *La Sociedad como Proyecto* es una invitación a descubrir el logos de la vida humana y sus dos grandes ingredientes: el yo y su *circunstancia*.

Francisco Roco Godoy
Universidad de La Serena